

la amiga de su madre, el mismo día en que por causalidad visitaba el pueblo y la casa en la que él también había vivido. Necesitó de unos instantes de silencio para proceder a su correspondiente identificación: «Tu abuela Anneliese y mi madre eran compañeras de curso. Mi apellido es Liers», le dijo, y sus palabras denotaban emoción e incomodidad; pues no se atrevió a mostrarle la casa que tan bien conocía y desvió la conversación hacia otra cosa.

Cuando se separaron, Liers guardó un papel con los datos de Roberto Roizman en Chile y Roberto Roizman los de Liers. Después de ese encuentro, el alemán le mandó unos poemas que Anneliese había escrito a su madre en el colegio. De ahí en adelante, fue ella quien quiso contactarse telefónicamente con el hijo de su amiga, para enterarse de qué había ocurrido con todas las personas que dejó atrás. A través de él supo cosas de sí misma que había olvidado, así como antecedentes de su familia que desconocía.

Pero éste no fue el único hecho casual. Más tarde, esas mismas anotaciones que hizo Liers, llegaron a manos de un historiador que se encontraba trabajando en una investigación sobre el destino de las familias judías de Storkow. Jürgen Pfeiler buscaba dar respuesta a la pregunta que dejó abierta otro historiador.

Cuando Liers se enteró del estudio, se contactó con Pfeiler –a quien ya se conocía porque ambos eran del mismo poblado– para contarle lo que sabía de los descendientes en Chile. Era una manera de expiar la culpa que debió sentir su madre al ver a su amiga desaparecer.

Pero Pfeiler ya tenía una investigación avanzada. Había dado con los descendientes al investigar los documentos de la venta de la casa. También tenía información que ni la propia familia Todtenkopf conocía.

Si en algo, aparte de las máquinas de muerte, se hicieron expertos los alemanes en la Segunda Guerra Mundial fue en el arte de archivar, ordenar, clasificar con detalle cualquier cosa, y quién sabe con qué objeto si eso mismo representaba la prueba final de su culpa. Fue así como se mantuvieron intactos los poemas escritos por la abuela de Roizman en el colegio. Y lo que produjo la impresión, el estupor de los dos hermanos, cuando les pusieron delante el minucioso inventario de los objetos confiscados tras la partida de la familia; objetos de toda clase fueron descritos con técnica y detalle, desde piezas de tela hasta el número de ropa interior que había en el negocio textil y que fueron arrojados a la calle la Noche de Cristal.

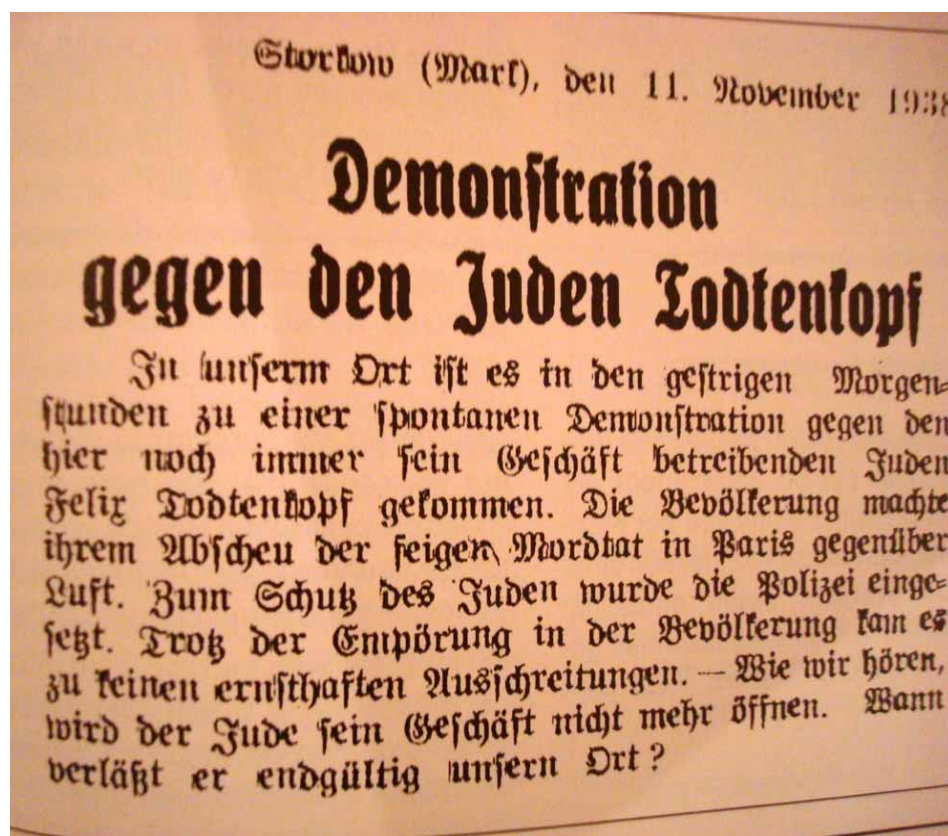
Al día siguiente, el hermano de la abuela, Harry, quien se había casado el 8 de noviembre de 1938 y que llevaba dos días de luna de miel en Berlín, se enteró de lo sucedido con su padre y volvió. Como la cuota establecida por los nazis era de dos hombres, lo apresaron a él también. Walter, el marido de Anneliese se ofreció, dada la edad de su suegro, para ocupar su puesto.



LOS ALEMANES EN LA POSTURA DE LA INSCRIPCIÓN DE LA CASA QUE PERTENECIÓ A LA FAMILIA TODTENKOPF.



EL HIJO DEL OFICIAL NAZI, SEGUNDO EN IMPORTANCIA EN EL POBLADO DE STORKOW, QUE APRESÓ A FÉLIX TODTENKOPF.



DIARIO ALEMÁN DE HACE 70 AÑOS CON PORMENORES DE LA NOCHE DE CRISTAL.

El oficial nazi accedió; qué más le daba, un judío por otro. Pasaron cinco no-

ches presos en la cárcel de la municipalidad, y luego los trasladaron al cam-

po de concentración de Sachsenhausen, al norte de Alemania donde Harry permaneció tres semanas y Walter varios meses. Anneliese y su cuñada buscaron la manera de sacarlos. Fueron al campo, pero estando en las inmediaciones, familias alemanas que vivían rodeando el campo les advirtieron del peligro que corrían estando allí: «Los alemanes sabían perfectamente lo que estaba pasando», relatan Odette y Roberto, a su llegada de un viaje extraño, como lo califican. Y cómo no, si hasta aparecieron en la portada de un diario alemán, el mismo que 70 años antes contenía entre sus páginas un aviso con los pormenores de la Noche de Cristal en el cual las autoridades querían hacer aparecer los hechos como una manifestación natural de los pobladores y no un operativo concertado desde las más altas autoridades, como realmente fue.

Luego de ese infructuoso viaje al



CEMENTERIO DE STORKOW CON LA MAYORÍA DE SUS LÁPIDAS EN EL SUELO.

campo, las mujeres buscaron el apoyo en la Joint Committe que ofreció conseguirles una visa a China, pero mientras Félix y Walter se negaron a viajar a un país tan primitivo, lejano y distinto, Harry accedió y se trasladó a Shangai junto a su mujer. Tres meses más tarde lograron la salida de Walter y su familia a Chile vía Inglaterra. Félix y su mujer Olga partieron a China a fines de 1940. Pero al poco tiempo, tras enviudar, Félix emigró a Chile, y un año después, en 1947 lo hizo Harry con su mujer y sus dos hijos nacidos en Shangai.

Roberto y Odette participaron en los encuentros junto a otros familiares descendientes de Félix que terminaron viviendo en Estados Unidos. Sin embargo, aunque volverían a hacerlo, no es la satisfacción el sentimiento que mejor traduce su viaje sino la desazón de ver que sólo los propios implicados estaban interesados en el tema, que los más jóvenes no participaron más que en una charla obligatoria en el colegio, donde la mayor parte de los alumnos parecía tener la cabeza muy lejos de la historia que les contaban los familiares de las víctimas.